

Changed—Day 1

When there are no words to pray

Read Mark 5:21–34.

Several years ago, my life took a difficult and unexpected turn when I encountered pastoral burn-out. During those dark days, I felt useless and alone and seriously pondered leaving ministry. Worst of all, I had no insight into Scripture, no words for prayer, and no energy to “be spiritual.” But one day, in the midst of my unspoken anguish, God began to bring healing. He reminded me of His love, though I had no energy to seek it. He reminded me of His call on my life, though I couldn’t seem to answer it. And He spoke into my silence the words of Romans 8:26: “In the same way, the Spirit helps us in our weakness. We do not know what we ought to pray for, but the Spirit Himself intercedes for us with groans that words cannot express.”

Today’s reading captures the activity surrounding Jesus that day. He’s on his way to heal the dying daughter of a synagogue leader and followed by a large crowd of people jostling to get near Him and calling out their petitions.

In the midst of the chaos is a woman who has been incurably sick for some 12 years. Despite spending all her money on doctors and treatments, the Bible says that she only got worse. But now she sees Jesus, and she figures, *I won’t bother anyone . . . “If I just touch His clothes, I will be healed.”*

And she was. No words spoken. No special lingo to sound right or look right. No words to impress the Lord. She just reached out in faith, and Jesus touched her, as He did me.

Whatever you may be going through, may Psalm 139:4 be your comfort and prayer today: *“Before a word is on my tongue, you know it completely, O Lord.”*

—**Brian Lofthouse**, Port Colborne (ON) BIC

Cambio – Día 1

Cuando no nos quedan palabras para orar

Lea Marcos 5:21–34.

Hace varios años, mi vida tomó un giro difícil e inesperado, cuando caí en el agotamiento total que sufren algunos pastores. Durante aquellos días tan tenebrosos, me sentí inútil y solitario, y pensé seriamente en abandonar el ministerio. Lo peor de todo es que no parecía entender nada en las Escrituras, no tenía palabras con qué orar, ni tampoco me quedaban energías para “ser espiritual”. Sin embargo, un día, en medio de mi angustia sin palabras, Dios comenzó a traerme sanidad. Me recordó su amor, a pesar de que a mí no me quedaban fuerzas para buscarlo. Me recordó el llamado que Él había puesto sobre mi vida, aunque al parecer, yo no podía responder a él. Y en medio de mi silencio, me repitió las palabras de Romanos 8:26: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”.

La lectura de hoy recoge la actividad que se desarrolló alrededor de Jesús en aquel día. Él iba de camino para sanar a la hija de un líder de la sinagoga, que estaba agonizando, y lo seguía

una gran multitud de gente que se empujaba por acercarse a Él y gritarle sus peticiones.

En medio de aquel caos se encontraba una mujer que había tenido durante doce años una enfermedad que nadie había podido curar. A pesar de haberse gastado todo su dinero en médicos y tratamientos, dice la Biblia que sólo se había puesto peor. Sin embargo ahora, al ver a Jesús, pensó: *No voy a molestar a nadie... “Si tocaré tan solamente su manto, seré salva.”*

Y así sucedió. No dijo una sola palabra. No usó términos especiales para sonar bien, ni para ser bien vista. No usó palabra alguna para impresionar al Señor. Todo lo que hizo fue extender su brazo en fe, y Jesús la tocó, tal como me tocó a mí.

Cualquiera que sea la situación por la que usted esté pasando, que el Salmo 139:4 sea hoy su consuelo y su oración: *“Aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda.”*

—**Brian Lofthouse**, Port Colborne (ON) BIC